

*piano piano zi va*  
**LONTANO**



**Amanda Céspedes\***

\* Amanda Céspedes: Médico Neuropsiquiatra Infantil U. De Chile. Postgrado U. Degli Studi de Turín, Italia. Desarrolla y promueve el conocimiento del cerebro infantil aplicado a la educación. Escritora.

# PIANO PIANO SI VA LONTANO

Carlo Petrini, nacido en Bra, Piamonte, en 1946, sociólogo de la Universidad de Trento, escritor y activista italiano, es el fundador del movimiento mundialmente conocido como Slow Food, que nace en 1986 con el objetivo de promover el derecho de todas las personas a disfrutar la comida sana. Hoy día Slow Food es un movimiento internacional sociocultural y político, que no solo aborda temas como la soberanía alimentaria, sino que participa en programas educativos, promoción de productos tradicionales, trabajo comunitario, de justicia social tanto desde el punto de vista del productor como del consumidor y otras iniciativas en cuyo centro está desacelerar la vida en torno a la alimentación y tomar conciencia respecto a las repercusiones que tienen nuestros hábitos alimentarios para el planeta. Sobre la base de esta filosofía de vida, nace a inicios de este siglo otro movimiento internacional: Slow Life, que promueve enfocarse en el presente, desacelerando el frenético estilo de vida occidental, como un modo de conseguir bienestar integral. El movimiento Slow Life invita a darse el tiempo para disfrutar los momentos cotidianos, pasar más tiempo con la familia, realizar paseos en contacto con la naturaleza, hacer ejercicio físico, leer y conversar. Luis Sepúlveda, escritor chileno, escribió “Historia de un caracol que descubrió la importancia de la lentitud”, en el cual Rebelde, un caracol, muestra el valor de la curiosidad, de mirar la vida desde diferentes perspectivas con atención plena y de darse el tiempo de reflexionar para entenderse y entender a los demás. Carl Honoré, periodista canadiense actual y autor del libro “Elogio de la lentitud” relata que, siendo padre de niños pequeños, encontró la solución al conflicto entre leerles un cuento a la hora de dormir o enfrascarse en sus aceleradas obligaciones en un compendio de cuentos infantiles condensados en relatos de 60 segundos de duración, suficientes para que un niño se duerma y su padre pueda retomar su vida de adulto. A través de ese hallazgo supo que debía detenerse y poner en tela de juicio la prisa vertiginosa de la vida actual.

Los defensores de la vida acelerada y de la eficiencia argumentan que el cerebro optimiza su rendimiento bajo efecto de dosis razonables de adrenalina, la molécula química mediadora de la ansiedad. Siguiendo este predicamento, muchos teóricos de la educación infantil promueven acelerar el tránsito desde una niñez con demasiado tiempo libre a una adultez que sabe aprovechar cada minuto de su tiempo en actividades productivas, vale decir rentables; es así como el currículo escolar durante los primeros años de escolaridad es abultado con datos y conocimientos que es necesario digerir con eficiencia; se trasladan las metodologías y objetivos de aprendizaje de los niveles primarios a la educación de párvulos, acelerando el aprendizaje de la lectura, escritura y cálculo; los preuniversitarios, sistemas que preparan para un ingreso exitoso a la educación superior, se hacen intensivos y se inician 2 años antes de culminar la educación secundaria. Se reducen los recreos y se alarga la jornada escolar. El cerebro infantil se va transformando por efecto de la adrenalina y, por primera vez en la historia de la niñez, aparece el fenómeno del aburrimiento, que consiste en la percepción incómoda de “estar sin hacer nada”. La adrenalina exige actividad, en lo posible rápida e intensa. Entonces el niño busca las pequeñas pantallas interactivas para navegar velozmente o se sumerge en la vorágine de los videojuegos, ambas actividades garantes de la producción masiva de adrenalina.

Pero quizá es el momento de detenernos y preguntar a los niños qué ritmo de vida desean, y cómo creen ellos que se aprende mejor. De esas respuestas surge espontáneo el impulso hacia otra forma de educación, denominada “Slow Schooling”: educación lenta, que busca reivindicar los procesos por los cuales el niño se va apropiando del mundo a su ritmo en vez de perseguir aceleradamente resultados. Esta educación lenta no es nueva; por el contrario, tiene ya muchas décadas de existencia, incluso siglos; está presente en el pensamiento de Friedrich Fröbel, educador alemán que vivió entre los siglos XVIII y XIX, creador del kindergarten; en el pensamiento de María Montessori y en el de Rudolf Steiner. Todos ellos promovieron la esencia de lo que es enseñar y aprender.

Quien enseña debe estar dispuesto a respetar los ritmos de cada niño, observándoles con calma en su contexto y en sus relaciones, sabiendo detenerse en los momentos precisos, manteniendo activos todos los sentidos y en una actitud de permanente cuestionamiento interior; debe saber conectar con las situaciones, para lo cual requiere la quietud de la atención plena y la activación de su sensibilidad desde el corazón. Quien enseña debe tener el tiempo necesario para dar espacios en su aula a la creatividad, el aprendizaje colaborativo, la capacidad de escuchar al otro, de cuestionar, de debatir, de pensar críticamente; debe disponer de tiempo para que los niños se vayan instalando en la dimensión del compromiso por su planeta a través del amor respetuoso por la naturaleza; quien enseña debe amar y transmitir a los niños su amor por la música, por las artes, por la literatura, por la historia, por las ciencias de la vida. Quien enseña necesita tiempo para combatir en su organismo el impacto de la adrenalina que se libera cuando el trabajo no tiene pausa persiguiendo resultados.

Tomar conciencia del ahora en la educación no significa perder valioso tiempo. Significa saber detenernos, avanzar a cierto ritmo e incluso en algunos momentos apresurar el paso, pero siempre desde la conciencia de la responsabilidad por aportar a una educación que sea realmente transformadora.